

EL FIN DEL IMPERIO
AUSTRO-HÚNGARO, FIN DE UNA
ÉPOCA EN LA HISTORIA MUNDIAL

Bernardino Bravo Lira

Academia Chilena de la Historia

SEPARATA
DE LOS
ANALES
DEL
INSTITUTO DE CHILE



SANTIAGO, 1988



lletto
3.
26fi
38

EL FIN DEL IMPERIO AUSTRO-HUNGARO, FIN DE UNA EPOCA EN LA HISTORIA MUNDIAL

Bernardino Bravo Lira

ACADÉMICO DE NÚMERO
ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA
UNIVERSIDAD DE CHILE

El siglo xx toca a su fin. Algunos autores se han atrevido a trazar un cuadro de conjunto de él. El alemán Karl-Dietrich Bracher habla de una época de las ideologías¹, mientras el inglés Paul Johnson describe el fin de la vieja Europa y el surgimiento de un nuevo tablero, después de la segunda guerra mundial².

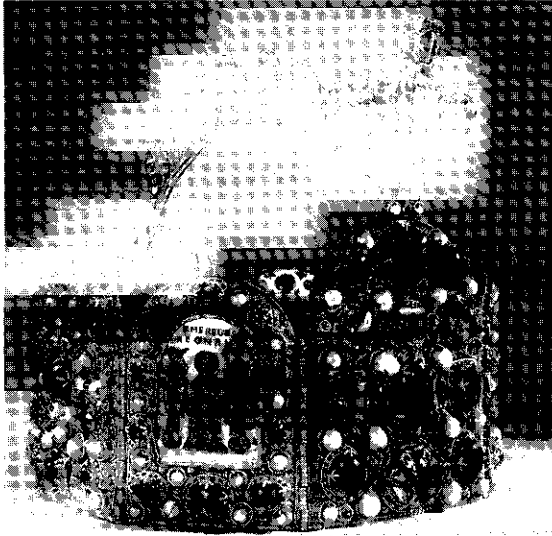
Estos panoramas, forzosamente provisionales, no prestan la debida atención a un suceso que hizo posible muchas de las grandes transformaciones del presente siglo. Nos referimos al fin del imperio Austro-Húngaro, en 1918, es decir hace 70 años, con todo lo que ello significa de vacío geopolítico y rastro cultural.

A su caída se remonta, en último término, esa división del mundo en dos bloques, encabezados por los Estados Unidos y la Unión Soviética, que nos hemos acostumbrado a considerar como normal. Esto afecta muy directamente a Europa y a Iberoamérica, si bien de diversa manera. Mientras el antiguo continente quedó partido en dos, el nuevo, con excepción de Cuba y hasta cierto punto de Nicaragua, gira entero en la órbita estadounidense. Por eso mismo desde Hispanoamérica, más lejana y menos atormentada por estos sucesos que Europa, es tal vez más fácil seguir su encadenamiento.

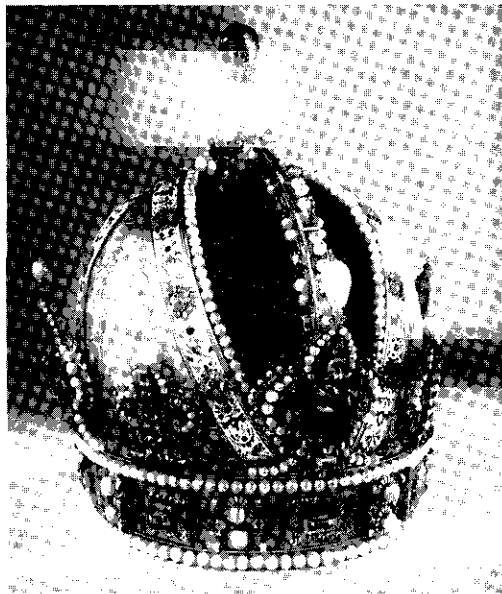
Austria-Hungría era una potencia capaz de subsistir por sí misma

¹Bracher, Karl Dietrich, *Europa in der Krise. Innengeschichte und Weltpolitik seit 1917*. Francfort-Berlín-Viena, 1979. El mismo, *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte der politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1982.

²Johnson, Paul, *Modern Times*, Nueva York, 1983, hay trad. castellana, Buenos Aires, 1988.



Corona Imperial llamada de Carlomagno, símbolo del
Sacro Romano Imperio.



Corona imperial de Austria.

frente a los dos grandes imperios vecinos, el alemán y el ruso. Esta era, como comprendió Palacky, una de sus razones de ser. Sin ella se producirá un vacío de poder en Europa Central, con los consiguientes trastornos para el equilibrio entre las potencias europeas y para la propia la supremacía de Europa en el mundo. Lo sucedido en las siete décadas que ahora se cumplen desde su fin es una comprobación de que Austria-Hungría jugaba un papel clave dentro del concierto mundial.

Como se ve el fin del imperio austro-húngaro no es un suceso que pertenezca al pasado. Es demasiado pronto para hablar de consecuencias. Pero basta registrar las repercusiones más inmediatas de su desaparición para darse cuenta de que sin este elemento es imposible comprender el mundo en que vivimos y seguramente moriremos. A pesar de las siete décadas transcurridas ese fin es todavía un suceso contemporáneo en el sentido más estricto del término.

De Carlomagno a Carlos I de Austria

Dice un escritor del siglo VI, Jordanes, que los imperios terminan con gobernantes del mismo nombre de su fundador. En comprobación cita el caso de Roma, cuyo fundador fue Rómulo y cuyo último emperador se llamó Rómulo Augústulo³. Esto se cumplió también en Europa, con el imperio de Occidente, renovado en 800 por Carlomagno y extinguido once siglos después con su continuador, ya que no sucesor directo, Carlos emperador de Austria y rey apostólico de Hungría.

Carlos subió joven al solio en 1916, a los 29 años, en plena guerra mundial. Inició gestiones de paz que no fructificaron. Meses después la guerra terminó y él supo mantenerse firme en su puesto en medio del colapso que siguió al fin de las hostilidades. Cuando todos o casi todos no pensaban sino en poner a salvo lo suyo, él permaneció al frente de la monarquía, incluso cuando el Schoenbrunn en Viena quedó sin personal y sin guardia. Sólo una vez que la situación se

³Saepe regna deficiunt, a quorum nominibus inchoarunt, Jordanes, *Getica* XLVII, *Monumenta Germaniae Historicae. Auctores Antiquissimi* v. 1, Berlín, 1882, reimpresión 1961.



Carlos I emperador de Austria y rey apostólico de Hungría.

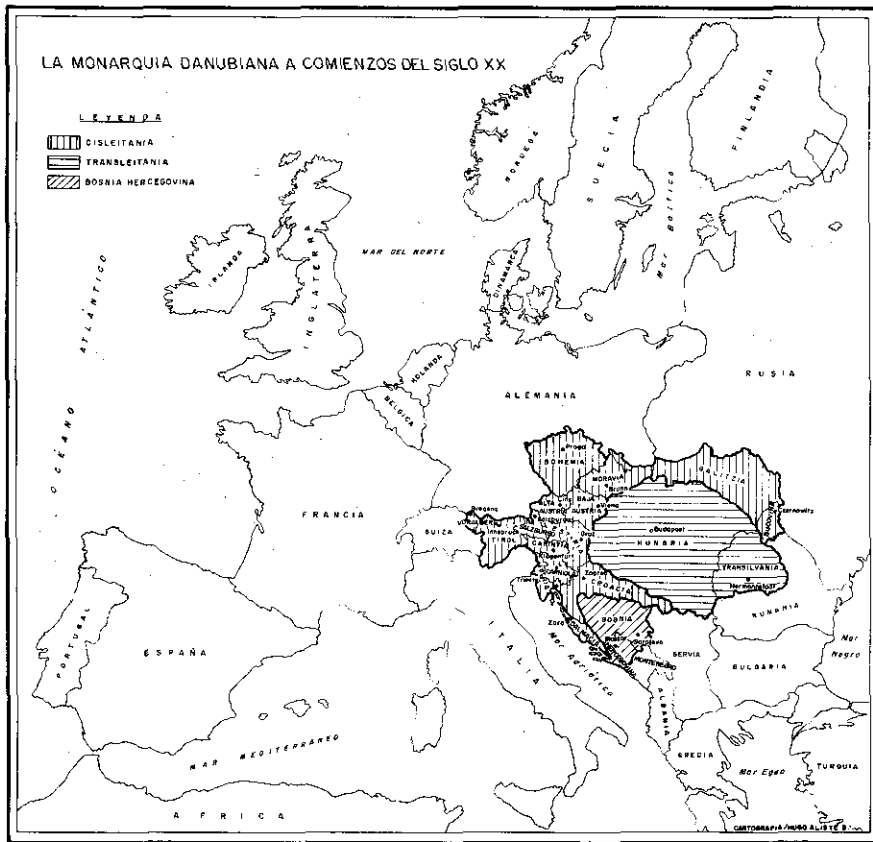
tornó insostenible se decidió a suspender el ejercicio de sus poderes imperiales. Convocó al ministerio para hacérselo saber. Era el 11 de noviembre de 1918, después de mediodía. Todo transcurrió como si se tratase de un normal cambio de gabinete. Los ministros salientes recibieron incluso distinciones, a modo de recompensa por su desempeño. Era la manera con que la monarquía solía retribuir a sus servidores, sin costo para el erario y dejándolos incluso agradecidos. Tanto se apreciaba este galardón, que aún en estas circunstancias, el ministro-presidente saliente Dr. Lammasch no ocultó su descontento porque, a sus ojos, era poca la distinción con que Carlos le había agraciado. Así terminó la existencia milenaria del imperio en Occidente⁴.

La historia pareció detener su curso un instante, como si presintiera la gravedad del momento. Carlos se había negado a abdicar. Sólo había suspendido el ejercicio de sus poderes. Los propios dirigentes partidistas que habían presionado para que abdicara, quedaron desconcertados ante su decisión. Sólo al día siguiente reaccionaron, rindiendo con esta demora un involuntario homenaje a la monarquía. Entonces atinaron únicamente a proclamar una república en Austria. Pero con la prisa y el nerviosismo lo hicieron de mala manera. Todos a una proclamaron que esta república nacía para anexarse a Alemania. Es comprensible. Sin emperador, Austria carecía de destino histórico propio y, por lo tanto, también de conciencia de sí misma⁵.

El emperador Carlos, desde su exilio en Suiza, tuvo que intervenir

⁴Polzer-Hoditz, Arthur, *Kaiser Karl, aus der Geheimmappe seines Kabinettschefs*, Viena, 1929, nueva edición, Viena, 1980. Lorenz, Richard, *Kaiser Karl und der Untergang der Donaumonarchie*, Graz-Viena-Colonia, 1959, May, Arthur J., *The passing of the Habsburg Monarchy*, 2 tomos, Filadelfia, 1966, Brook-Sheperd Gordon, *The last Habsburg*, Londres, 1968, traducción italiana, *La tragedia degli ultimi Asburgo*, Milán, 1974. Rieder, Heinz, *Kaiser Karl, Der Letzte Monarch Österreich-Ungarns 1887-1922*, München, 1981.

⁵Lutz, Heinrich y Rumpler, Helmut (ed.) *Österreich und die deutsche Frage im 19. und 20. Jahrhundert*, Viena, 1982, esp. Kempler, K. v. *Das nachimperiale Österreich 1918-1938: Politik und Geist* y Schausberger, N. *Anschlussideologie und Wirtschaftsbeinteressen 1918-1938*, ambos allí mismo.



El Imperio Austro-Húngaro

para impedir esta anexión⁶. Pero dos décadas más tarde, cuando él había muerto, Hitler la realizó, a su manera, no sin apoyo austríaco, pues un 99,9% se pronunció por el *Anschluss* con la Alemania nazi en un plebiscito en el que votó un 99,7% del electorado⁷.

Nada de esto habría sido posible sin el fin de los imperios: el II Reich alemán en 1918, cuyo vacío permitió la elevación del III Reich nacional-socialista, y del imperio austro-húngaro del cual Austria no era más que un pequeño estado sucesor, demasiado dividido internamente y débil externamente como para hacer frente al coloso nazi.

Si Austria-Hungría no existiera, habría que inventarla

El imperio austro-húngaro era un mosaico de nacionalidades. Dentro de sus fronteras convivían, no sin tensiones, más de 20 pueblos diversos, con más de 15 lenguas distintas, cuatro religiones (cristianos ortodoxos, protestantes, judíos y musulmanes), además de la católica (con diversos ritos) prevaleciente; costumbres y cultura propia⁸. El imperio respondía, pues, a un ideal universal —*unum versus*

⁶Ver nota 5, además, Feigl, Erich (editor) *Kaiserin Zita. Legende und Wahrheit*, Viena-München, 1977, Cito 2ª ed. 1978, pp. 406 ss.

⁷Wandruszka, Adam, *Österreich von der Begründung der erste Republik bis zur sozialistische Alleinregierung 1918-1970* en Schieder, Theodor (editor), *Handbuch der europäischen Geschichte*, 7 vol. (6 aparecidos), Stuttgart, 1968-79, 7, 2, pp. 828 ss. esp. 870.

⁸Jaszi, Oskar, *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, 2ª ed., Chicago, 1929. Lentze, Hans, *Das Kaisertum Österreich*, en: *Recueil de la Société Jean Bodin* 3, Bruselas, 1973, pp. 457 ss., especialmente 500 ss. Kann, Robert A., *Das Nationalitäten-problem der Habsburgermonarchie*, 2 tomos, Graz-Colonia, 1964. May, Arthur J., *The Habsburg Monarchy 1867-1914*, 2 ed., Cambridge (Mass.) 1965, traducción italiana, *La monarchia asburgica*, Bolonia, 1973. Valiani, Leo, *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, Milán, 1966. Macartney, C.A., *The Habsburg Empire 1790-1918*, traducción italiana, *L'impero degli Asburgo 1790-1918*, Milán, 1976. Plaschka, Georg y Fellner, Fritz (editores) *Die Auflösung des Habsburgerreiches*, Viena, 1970. Reúne trabajos de 59 autores. Wandruszka, Adam y Urbanistich, Peter, *Die Habsburgermonarchie 1848-1918*, hasta ahora 5 tomos (en 6 vol.) Viena 1973-87, tomo I; *Die Wirtschaftliche Entwicklung*, tomo II; *Verwaltung und Rechtswesen*, tomo III; *Die Völker des Reiches*, tomo IV; *Die Konfessionen*; tomo V; *Die*

alia— es decir, de unidad en la variedad. Símbolo y garantía de esta unidad sin uniformidad, sin opresión de unos por otros, era la dinastía reinante, los Habsburgo, es decir la Casa de Austria, la misma que dio España los grandes monarcas de la Edad de Oro, un Carlos V o un Felipe II, reyes de España y de las Indias, es decir América hispana y Filipinas.

En 1848 escribía el profesor checo Frantisek Palacky que “si el imperio austríaco no existiera, habría que apresurarse a inventarlo en interés de Europa y de la propia humanidad”⁹. Apoyó esta afirmación en razones que podemos llamar geopolíticas. Sin el imperio, el espacio danubiano carecía de fuerza de sustentación propia para mantenerse frente a sus dos poderosos vecinos, los imperios ruso y alemán.

Estas palabras cobraron acentos fatídicos a partir de la desaparición del Austria-Hungría en 1918. En los 70 años transcurridos desde entonces, los pueblos danubianos sufrieron la suerte que Palacky quería evitarles. Cayeron sucesivamente bajo la dominación extranjera, precisamente de Alemania y de Rusia, pero de una Alemania nazi y de una Rusia soviética.

Hasta ahora no se divisa una forma de llenar el vacío que dejó tras de sí el imperio austro-húngaro y devolver a Europa Central la posibilidad de desarrollar una vida propia, al margen de la presión y la opresión extranjera¹⁰. La frase de Palacky se convierte así en una maldición o en una invitación. Ya que Austria-Hungría no existe, hay que inventarla. En ello está comprometido no sólo el interés de Europa sino también del mundo.

Bewaffnete Macht. Masson, J.M., *The Dissolution of the Austro-Hungarian Empire 1867-1918*, Londres, 1983.

⁹Palacky, Frantisek, *Carta* de 11 de abril de 1848, en El mismo, *Gedenkbücher*, Praga, 1874, p. 149.

¹⁰Ultimamente ha comenzado a resurgir una conciencia centro-europea, Csáky, Moritz, *Österreich und die Mitteleuropaidee* en *Europäische Rundschau* 2, 1982, pp. 99-107.

De la dominación nazi a la soviética

La suerte de la primera guerra mundial y el fin del imperio austro-húngaro, fue decidida por la intervención de los Estados Unidos. Con el desembarco de un millón de hombres en el viejo continente en 1917 Norteamérica rompió el empate entre las potencias europeas. La Unión Soviética naciente se hallaba anulada por sus dificultades internas. Así, fueron también los Estados Unidos quienes decidieron la paz. No sabían qué hacer con su poderío y su presidente Wilson creyó que la democracia de su joven país bastaba para curar los males de la envejecida Europa. Llamó a crear un mundo seguro para la democracia.

Parte de este sueño fue la pretendida autodeterminación de los pueblos de Austria-Hungría, para constituir Estados nacionales. En nombre de este principio desarticuló hasta hoy el espacio danubiano, es decir, Europa Central. Pueblos y territorios fueron repartidos entre diversos estados, lo que engendró descontentos y rivalidades sin fin. Así surgió una Austria recortada, una Hungría atrozmente mutilada y un Estado artificial, sin nombre siquiera, en el que se apretujaban, unos contra otros, bohemios o checos, austro-alemanes, moravos, eslovacos y húngaros, al que se dio el apelativo —también artificial— de Checoslovaquia. Los pueblos y territorios restantes fueron anexados a Estados vecinos, como Polonia, Rumania, Italia y otro, asimismo artificial y por ende carente también de nombre propio, al cual se terminó por denominar Yugoslavia. Pero esta destrucción del equilibrio geopolítico de Europa Central costó muy cara a Europa y al mundo¹¹.

Wilson no vivió lo suficiente para ver los resultados de sus buenas intenciones. Europa fue todo menos un lugar seguro para la democracia. Al primer Estado totalitario en Rusia, basado en el socialismo

¹¹Nicolson, Harold, *Peacemaking 1919*, Londres, 1945. Bracher, *Europa*, nota 1, pp. 34 ss. Johnson, nota 1, pp. 23 ss. Fellner, Fritz, *Die Friedensordnung von Paris 1910-20 Machtdiktat oder Rechtsfriede* en: *Politik und Gesellschaft im alten und neuen Österreichs*, Festschrift f. Rudolf Neck zum 60 Geburtstag, 2 tomos, Viena, 1981, 2, pp. 39 y ss. Ver nota 8.



Estados sucesores del imperio Austro-Húngaro

internacional, siguió otro en Alemania, basado en el nacional socialismo. Mientras, el resto del continente se cubrió de dictaduras: Austria, Polonia, Rumania, Yugoslavia, Bulgaria, Portugal, Italia, España. Como dijo Jacques Bainville: "Las dictaduras contemporáneas aparecieron al día siguiente que el presidente Wilson hubo pronunciado estas palabras 'Haced que el mundo sea seguro para la democracia'"¹².

Pero esto no fue más que el primer acto de la tragedia. En seguida todos estos Estados de Europa Central, demasiado pequeños, divididos internamente y rivales unos de otros, cayeron bajo la dominación de los Estados totalitarios, surgidos en sus inmediaciones: primero, de la Alemania nazi y luego, de la Rusia soviética. Tales fueron el segundo y tercer acto de la tragedia de Europa Central¹³.

Los Estados sucesores del imperio Austro-Húngaro

El único país que escapó de este sino fue Austria, de la que los soviéticos se retiraron en 1955¹⁴. Carlos no alcanzó a verlo. Había muerto en olor a santidad lejos de Europa, confinado en la isla portuguesa de Madera en 1922, después de dos fallidos intentos de recuperar la corona de Hungría¹⁵. Le sobrevivió la valerosa emperatriz Zita, que poco después dio a luz a su octavo hijo. Es la última auténtica representante del ideal imperial, junto con los archiduques, sus hijos, y, entre ellos, el primogénito, Otto de Habsburgo, que en 1918 era el príncipe heredero. Zita vive actualmente en Suiza y en mayo de 1988, cumplió 96 años.

Los autores latinos conservaron la memoria de que los romanos, bajo la república, añoraban a sus antiguos reyes¹⁶. Esta historia se ha

¹²Bainville, Jacques, *Les dictateurs*, París, 1935, trad. castellana, Santiago, 1936. Bracher, *Europa*, nota 1. Schieder (ed.) nota 7, 7, vol. 1 y 2. Polonsky, A., *The little Dictators. The History of Eastern Europe since 1918*, Londres, 1975. Brauner, Wilhelm, *Politische Staaten und Verfassungsgeschichte der Neuzeit*, Viena, 1984.

¹³Ver nota 11.

¹⁴Wandruszka, nota 7.

¹⁵Goerlich, Ernst-Josef. *Der Letzte Kaiser, ein Heiliger?*, Stein, 1972.

¹⁶Homo, León, *Nueva Historia de Roma*, París, 1943, trad. castellana, Madrid,



Otto de Habsburgo, el cardenal Mindzenty y la emperatriz Zita en 1972.
Detrás el archiduque Karl, primogénito de Otto.



Otto de Habsburgo, su primogénito
Karl, delante del retrato del Emperador
Carlos.

repetido muchas veces. Si es duro pasar de una monarquía a una oligarquía que domina sin contrapeso, tal vez ningún caso ha sido tan patético como el de los Estados sucesores del imperio austro-húngaro. Desde que dejaron de ser regidos por los Habsburgo, sus pueblos han vivido las horas más amargas de su historia. Primero, mientras pudieron mantener su independencia, la suerte de las minorías de otra lengua o cultura fue a menudo intolerable y luego, cuando cayeron bajo la opresión de una potencia extranjera, fue intolerable la de toda la población. Como en tiempos de los romanos, los pueblos no tienen más remedio que soportar. No por justificadas, son sus lamentaciones menos tardías e inútiles.

El ocaso de los imperios

Antes de pasar adelante a examinar las consecuencias de la desaparición de Austria-Hungría para el resto de Europa y del mundo, es menester recordar brevemente qué es un imperio y qué representa en la historia.

El imperio no es uno más entre los reinos y pueblos de la historia. Tiene un sentido y una misión más alta. Está fundado en una referencia al más allá. Esto lo distingue de los simples Estados o países. El imperio se comprende a sí mismo como parte de un orden superior. Pretende implantar en la tierra un trasunto del orden cósmico¹⁷.

Esta misión trascendente es la razón de ser de los imperios, que jalonan la historia, desde los lejanos tiempos de Sargón el Antiguo en el III milenio antes de Cristo, el más remoto del que se tiene noticia de que albergara tal pretensión. A esta serie pertenecieron en la

1955. Jouvenel, Bertrand de, *Du Pouvoir. Histoire naturelle de sa croissance*, Ginebra, 1945, trad. castellana, Madrid, 1956. López-Amo, Angel, *El poder político y la libertad. La monarquía de la reforma social*, Madrid, 1952.

¹⁷Sobre el imperio en general, Schramm, Percy Ernst, *Herrschaftszeichen und Staatsymbolik*, 3 vol., Stuttgart, 1954-56. Société Jean Bodin, *Recueils 20 y 21, Monocratie*, Bruselas, 1970-69. Hattenauer, Hans, *Die geistesgeschichtlichen Grundlagen des deutschen Recht*, 1971, 2ª ed. Heidelberg, 1980, trad. castellana, Madrid, 1981. Duverger, Maurice (ed.), *Le concept d'Empire*, París, 1980 con bibliografía.

Antigüedad los imperios asirio, egipcio, babilonio, chino, persa, el efímero imperio macedonio de Alejandro y el imperio romano¹⁸. Tres de ellos subsisten en la Edad Media bajo nuevas formas: el iranio¹⁹, el chino y el romano, cuya continuación se bifurca en dos vertientes: una oriental, con capital en Constantinopla o Bizancio, la segunda Roma²⁰ y otra occidental, representada por el Sacro Romano Imperio Germánico²¹. A ellos se agrega en América el imperio incaico²².

¹⁸Sobre los imperios antiguos, Mellaert, J. *Earliest civilisations of the Near East*, Londres, 1965. Mac Govern, William M., *The Early Empires of Central Asia*. Chapel Hill (Carolina del Norte) 1939. Cassin, E.; Bottero, J.; Vercoutter, J., *Los imperios del antiguo-Oriente*, Madrid, 1970. Schwaller de Lubic, R. A., *Le roi de la théocratie pharaonique*, Paris, 1961. Saleróre, B. A., *Ancient Indian Political Thought and Institutions*, Londres, 1963. Ghirshman, Roman, *Iran, Parthes et Sasanides*, París, 1962. Henning von der Osten, H. *El mundo de los persas*, Madrid, 1965. Needham, Joseph, *Science and civilisation in China*, 3 vol., Cambridge, 1961. Tellenbach, Gerd, *Römischer und christliches Reichsgedanke*, Actas de la Heidelberg Akademie der Wissenschaft, Phil-hist Klasse 1. Heidelberg, 1934. Gage, Jean, *L'empereur romain et les Rois. Politique et protocole*, en: *Revue historique*, París, 1959.

¹⁹Grousset, René, *L'empire des steppes*, París, 1939. Fernandy, Michel de, *En ego malleus orbis. Formas y destino de una idea imperial en el norte euroasiático* en: *Anales de Historia Antigua y Medieval* 1-2, Buenos Aires, 1912. El mismo, *Clartiores genere. Formas y destino de una idea imperial del norte euroasiático en el medievo cristiano*, ibíd 3-4, 1954, ahora ambos en El mismo, *En torno al pensar histórico*, 2. vol., Palencia, 1961. Christensen, Arthur, *L'Empire des Sassanides*, Copenhague, 1909, El mismo, *L'Iran sous les Sassanides*, Copenhague, 1936.

²⁰Diehl, Charles, *Histoire de l'empire byzantin*, París, 1924. Bréhier, Louis, *Les institutions de l'empire byzantin*, París, 1949. Ostrogorsky, Georg, *Geschichte des byzantinischen Staates*, 2ª ed., Munich, 1952. Doelger, Franz, *Byzanz und die europäische Staatenwelt*, Espira, 1953. Sinogowitz, Berhard *Die Begriffe Reich, Macht und Herrschaft im byzantinischen Kulturbereich* en: *Saeculum*, 1953. Treitinger, Otto, *Die oströmisch Kaiser und Reichsidee nach ihrer Gestaltung im höfischen Zeremoniell*, 2ª ed., Darmstadt, 1956.

²¹Schramm, Percy Ernst, *Kaiser, Rom und Renovatio*, Leipzig, 1929. Barraclough G., *The Medieval Empire Idea and Reality*, London, 1950. Folz, Robert, *L'idee d'Empire en Occident du V^e au XIV^e siècle*, París, 1953. Fichtenau, Heinrich, *Das karolingische Imperium*, Zurich, 1949. Goetz, Werner, *Translatio imperii*, Tubinga, 1958. Ullman, Walter, *Principles of government and Politics in the Middle Ages*, Londres, 1961. Kempf, Friedrich, *Das Mittelalterliche Kaisertum* en Mayer Theodor

En la Edad Moderna los grandes imperios son en Oriente, el chino; en el Medio Oriente, el otomano con capital en Constantinopla, convertida ahora en Estambul²³, y en Europa, por una parte, el ruso, que reclama la sucesión de Bizancio y hace de su capital Moscú, la tercera y definitiva Roma²⁴, y, por otra, el Sacro Romano Imperio, al que sigue el imperio austríaco, fundado en 1804²⁵.

(editor). *Das Königtum. Seine geistigen und rechtlichen Grundlagen*, Darmstadt, 1965. Stangel, Edmund E., *Abhandlungen und Untersuchungen zur Geschichte des Kaisergedankens im Mittelalter*, 1965. Heer, Friederich, *Das Heilige Römische Reich*, Berna-Munich, 1967. Beuman, Helmut, *Die Bedeutung des Kaisertums für die Entstehung der deutschen Nation* en El mismo y Schröder Werner, *Aspekte der Nationenbildung im Mittelalter*, Sigmaringen, 1978. Moraw, Peter, *König, Reich und Territorium im späten Mittelalter*, tesis, Heildelberg, 1971.

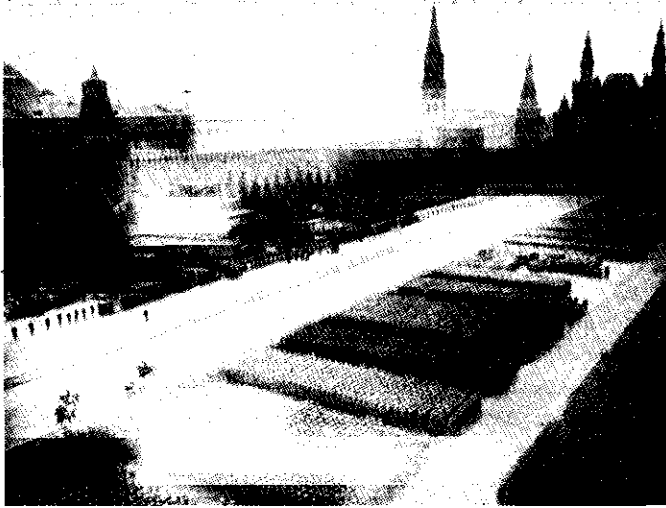
²²Baudin, Louis, *L'empire socialiste des Inka*, París, 1928.

²³Brokelmann, C., *Histoire des peuples et des Etats islamiques depuis les origins à nos jours*, París, 1949.

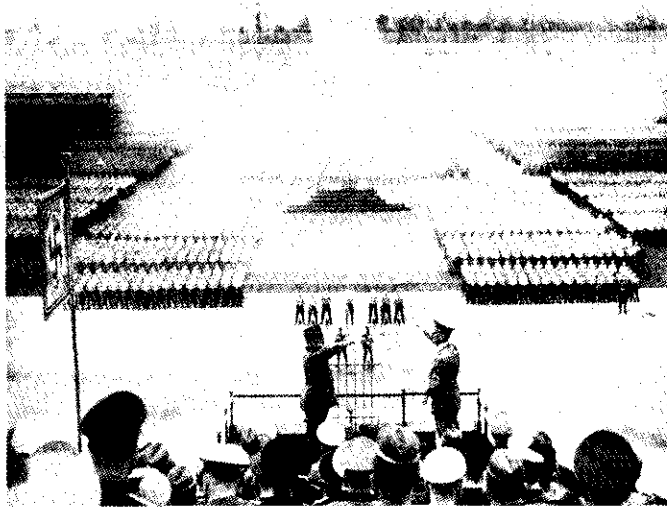
²⁴Chizhevski, Dimitri, *Russische Geistesgeschichte*, 2 vols. Hamburgo, 1959, trad. castellana, Madrid, 1967. Neubauer, H., *Car und Selbstherrschaft*, Wiesbaden, 1964. Vernadsky, Georg, *The Tsardom of Moscow (1547-1642)* Nueva Haven-Londres, 1964. Seton-Watson, Hugh, *The decline of Imperial Russia*, Londres, 1952.

²⁵Ver notas 21 y 8. Wandruszka, Adam, *Das Haus Habsburg. Die Geschichte einer europäischen Dynastie*, Stuttgart, 1956. Benedikt, Heinrich, *Die Monarchie des Hauses Österreich*, Viena, 1968. Evans, Robert J., *The making of the Habsburg Monarchy 1550-1700*, Oxford, 1979, hay trad. alemana, Viena, 1986.

²⁶Hayes Carlton, J.H., *The novelty of Totalitarianism in the History of Western Civilisation* en *Proceeding of the American Philosophical Society* 82, 1940. Voegelin, Eric, *Die Politische Religionen*, Estocolmo, 1929. El mismo, *Wissenschaft Politik und Gnosis*, Munich, 1959. El mismo, *Science of Politic*, Chicago, 1952, trad. castellana 1968. El mismo, *Religionersatz, Die gnostischen Massenbewegungen unser Zeit* en *Wort und Wahrheit* 15, 1960, trad. castellana, Madrid, 1966. El mismo, *Politischen Messianismus, Die romantische Phase*, Colonia-Opladen, 1963, trad. castellana, Madrid, 1969. El mismo *Anamnesis. Zur Theorie der Geschichte und Politik*, Munich, 1966. Talmon, Jakob L. *The Origins of totalitarian Democracy*, Boston, 1952. trad. castellana México, 1956. El mismo, *The mith of the Nation and the vision of revolution. The origins of Ideological Polarisation in the 20th. Century*, Londres, 1981. Arendt, Hanna, *The Origins of Totalitarianism* (1951), Nueva York, 1958. García Pelayo, Manuel, *La transfiguración del poder* en *Revista de Ciencias Sociales*, Puerto Rico, 1957, ahora en su *Los mitos políticos*, nota 15, pp. 38 ss. Nolte, Ernest, *Die Krise des*



Desfile de tropas delante del Kremlin



Concentración de masas delante de Hitler

La cadena cinco veces milenaria de los imperios se interrumpe en el siglo xx. Este ocaso comienza en Oriente con la abolición del imperio chino en 1912. El último emperador, Pu-Yi, entonces un niño, vivió hasta 1967 y fue convertido en un símbolo de la reeducación comunista, que hizo de él un sumiso jardinero al servicio de un Estado totalitario, la República Popular China. Pocos años después cayó el imperio ruso y sobre sus ruinas se alzó el primer Estado totalitario de la historia: la Unión Soviética. Finalmente, en 1918 se derrumbó, antes de enterar el medio siglo de existencia, el flamante imperio alemán, establecido en 1870. El último en desaparecer fue el Austro-Húngaro, si bien la larga agonía del imperio otomano se prolongó hasta 1922.

El alba de los totalitarismos

El fin de los imperios no puede desconectarse del surgimiento de los Estados totalitarios. No en vano el primero de ellos, el soviético, y el nazi, que le siguió, nacieron y crecieron dentro del marco de un imperio que acababa de desaparecer —el ruso y el alemán, respectivamente— y al que trataron de reeditar bajo una forma ideológica²⁶. Es decir, en los dos casos estamos claramente ante un sucedáneo del imperio, cuya misión trascendente es reinterpretada bajo la forma de una tarea inmanente: la de imponer, en nombre de una ideología, la

Liberalem Systems und die Fachistischen Bewegungen. Munich, 1968. El mismo, *Der Fachismus in Seiner Epoche. Action Française, Fachismus und Nationasozialismus*, Munich, 1963, trad. castellana, Barcelona, 1970. Seidel, Bruno y Kenker, Siegfried (ed.) *Wege der Totalitarismusforschung*, Darmstadt, 1968, reúne trabajos de varios autores. Schiapiro, Leonard, *Totalitarism*, Londres, 1972. Besaçon, Alain, *Les origines intellectuels du léninisme*, París, 1977, trad. castellana, Madrid, 1980. Polin, Claude, *L'esprit totalitaire*, París, 1977. Funke, Manfred (editor) *Totalitarismus*, Dusseldorf, 1978. Fernandois Huerta, Joaquín, *La noción del totalitarismo*, Santiago, 1980. El mismo, *Nueva aproximación a la teoría del totalitarismo en Cuadernos de Historia Universal 1*, Santiago, 1986. Rohdes, James M. *The Hitler Movement. A modern Millenarian Revolution*, Sanford, 1980. Massini, Carlos Ignacio, *El renacer de las ideologías*, Mendoza, 1984.

dominación de una clase —el proletariado—, en el socialismo internacional o de una raza —la aria—, en el nacional socialismo²⁷.

El precio del totalitarismo es en todas partes el mismo. La ideología no puede imponerse sino mediante la fuerza, que alcanza proporciones nunca vistas, hechas posible sólo por la técnica superior de nuestro siglo. Únicamente en Unión Soviética los campos de exterminio (*Gulag*), las purgas, matanzas, torturas físicas o psíquicas han cobrado más de 50 millones de víctimas. El número de muertos durante los primeros cuatro años de la Unión Soviética (1917-21) llegó a 15 millones, lo que equivale nada menos que al 10% de toda la población. Bajo Stalin fueron eliminadas más de 30 millones de personas. Los presos y deportados políticos pasaron de 10 mil en los últimos años del imperio ruso, a 12 a 14 millones al fin del gobierno de Stalin, es decir, un 20% de la población masculina adulta. El Estado totalitario es en la práctica un Estado cárcel²⁸.

El Estado nacional socialista se instauró en cambio, por vías legales, con un número mínimo de víctimas²⁹. Pero luego, dentro de

²⁷Djilas, Milovan, *Nowa klasa, Analiza systemu komunistycznego*, Nueva York, 1956, trad. castellana, Barcelona, 1957. Schapiro, Leonard, *Die Geschichte der kommunistischen Partei der Sowjetunion*, Francfort a M., 1961. Diehl-Thiele, P.M. *Partei und Staat im Dritten Reich*, Munich, 1969. Unger Aryeh, L., *The totalitarian party. Party and people in Nazi Germany and Soviet Russia*, Londres, Nueva York, 1974.

²⁸Todavía no es posible escribir la historia de estos horrores. Pero los datos de que se dispone son elocuentes. Ortiz, A. *La iglesia del silencio*, Madrid, 1952. Orlov, A., *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, Barcelona, 1955, Galter, A., *El libro rojo de la Iglesia perseguida*, Madrid, 1956. Falcionelli, Alberto, *Historia de la Rusia soviética 1917-1954*, 2. vol., Madrid, 1959. Struve, Nikita, *Les chrétiens en URSS*, París, 1963. Conquest, Robert, *The Great Terror Stalin's Purge of the Thirties*, Nueva York, 1968. Carmichael, J. *Stalin's masterpiece. The consolidation of the Soviet regime. "Show trial" and "purgas" of the Thirties*, Londres, 1972. Lewytzkiy, B. *Von Roten Terror zur sozialistische Gerechtigkeit. Die sowjetische Sicherheitsdienst 1961*, 2ª ed., *Die rote Inquisition* 1967. El mismo, *The stalinist Terror in the Thirties. Documentation* 1974. Tucker, Robert, W. *Stalin as revolutionary*, Nueva York, 1973. Bracher, *Europa...*, nota 1, esp. pp. 19 ss.

²⁹Bracher, Karl Dietrich, *Die Nationalsozialistische Machtergreifung*, Berlín, 1960. Nolte, *Der Fachismus*, nota 26.

lo que se lo permitió su breve duración, dejó también una estela de horrores. No se contentó con los campos de concentración de exterminio, como los soviéticos, sino que implantó, además, otros de trabajo forzado. Se desconoce con certeza el total de sus víctimas, pero hay motivos para suponer que, consideradas las de fuera de Alemania, llegan e incluso sobrepasan los 5 millones³⁰.

Fin de la Edad Moderna

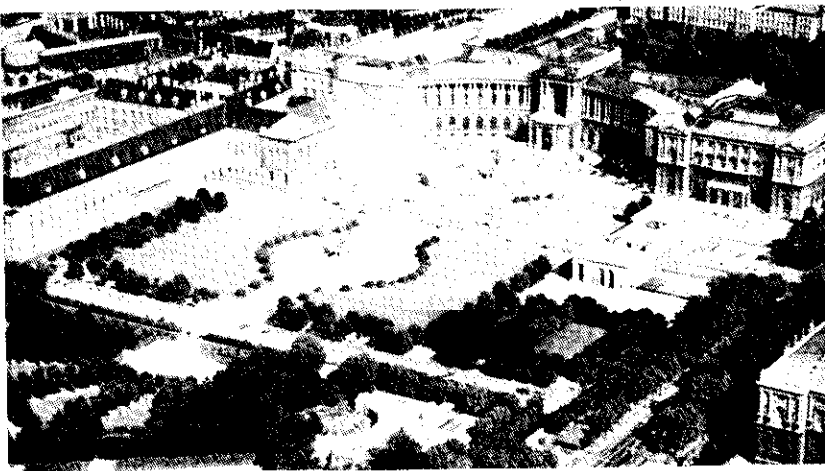
Por su fundamento sacral el imperio tenía una misión entre los pueblos de la tierra. Se sentía llamado a implantar un orden que los romanos, pueblo imperial por excelencia, identificaron con la paz. No en vano se define a ésta como la tranquilidad del orden. La *pax romana* es expresión del proverbial sentido jurídico de este pueblo. Se asienta sobre la base de *pactos*, esto es, acuerdos de paz, con los vencidos, que transforman al enemigo de ayer en aliado para el mañana. No es, pues, casualidad que al terminar la segunda guerra mundial, cuando ya los imperios habían desaparecido, no hubiera tampoco tratado de paz. Es otro signo del cambio de época.

Las superpotencias victoriosas, Estados Unidos y la Unión Soviética eran ajenas a todo sentido imperial. Peleaban tan sólo por sus propios intereses imperialistas. No pretendían establecer ningún orden, dentro del cual los vencidos tuvieran también su lugar. Sólo atendían a imponer su propia supremacía. Para esto les bastó entenderse directamente entre ellas y delimitar sus respectivas áreas de influencia. Es lo que hicieron en 1945 en la conferencia de Yalta. Allí se repartieron Europa y el mundo, sin cuidarse en lo más mínimo del

³⁰La bibliografía sobre los horrores cometidos por los nazis es mucho más extensa que la relativa a los cometidos por los soviéticos. La razón es obvia. Estamos todavía demasiado próximos a los hechos y es más fácil denunciar a un régimen desaparecido que a otro que aún domina buena parte del mundo. Por ejemplo, Schieder, Theodor, editor, en su *Handbuch der europäischen Geschichte* 7 vol. (6 aparecidos), Stuttgart, 1968-79, ofrece una bibliografía sobre el terror en los 12 años de dominio nazi en Alemania, pero no hace otro tanto con los 70 años de dominio soviético en Rusia y en Europa. Ver Hüttenberger, Peter, *Bibliographie zur National sozialismus*, Gotinga, 1980, esp. pp. 193 ss.



Conferencia de Yalta, 1945. Sentados Churchill, Roosevelt y Stalin.



Plaza de los héroes y nueva Hofburg en Viena, residencia imperial y centro del imperio.

sentir de los pueblos afectados, es decir, del modo más crudamente imperialista³¹.

No hace falta entrar en precisiones. Basta citar el caso de Polonia. Los polacos lucharon con indecibles sacrificios para liberarse de la dominación nazi y figuraron al final junto a los vencedores. Pero ello no les sirvió de nada. Igual fueron obligados a ceder extensos territorios a la Unión Soviética, a recibir en compensación otros alemanes y, lo que es más insoportable, a quedar sometidos en forma indefinida a la dominación soviética³². Difícilmente su suerte hubiera sido peor si hubieran estado entre los vencidos. Pero en esta guerra ya no importaba estar entre los victoriosos o los derrotados. Lo único que contaba era dentro de qué área de influencia habían decidido las superpotencias colocar a cada país.

Yalta es un símbolo del siglo xx y del fin de una época, la Edad Moderna, así como Tordesillas lo fue en el siglo xv, del comienzo de esta misma época.

En Tordesillas, dos potencias europeas Castilla y Portugal, se repartieron el mundo en 1493, es decir, pocos meses después del descubrimiento de América. Con ello se dio principio a la preponderancia mundial de Europa.

En Yalta, a la inversa, dos superpotencias que podemos clarificar como extraeuropeas, Estados Unidos y la Unión Soviética, se dividieron Europa y el resto del mundo. Con ello se puso término a medio milenio de predominio mundial de Europa.

³¹Fenno, R.F., *The Yalta Conference*, Boston, 1955. Snell, J.L. y otros, *The Meaning of Yalta Big Three Diplomacy and the New Balance of Power*, Baton Rouge, 1956. Kollman, *Die Yaltakonferenz im Kreuzfeuer von Politik und Geschichtschreibung* en G. W. U. 8, 1957, pp. 272-92. Conte, A. *Die Teilung der Welt, Yalta, 1945*, 1965. Rensing, G. *Versagte Western in Yalta und Postdam?* 1970. Clemens, D.S., *Yalta*, 1970.

³²Horak, Stephan *Poland's international affairs 1919-1960*, Blooming Indiana, 1964. Kouring, *The myth of liberation, East-Central Europa in US diplomacy since 1941*, Baltimore, 1973.

La partición de Europa y del mundo

Así se juntan los múltiples hilos de esta historia. Las consecuencias de la desaparición del imperio Austro-Húngaro se despliegan como en círculos concéntricos.

Para Europa Central significó la destrucción del equilibrio político que hacía posible su independencia frente a las potencias vecinas y, por lo tanto, la caída bajo la dominación sucesiva de los dos Estados totalitarios surgidos en sus inmediaciones, el nazi y el soviético.

Para Europa, en general, significó el fin de su preponderancia mundial y la propia división del continente en dos porciones separadas por lo que se llamó la cortina de hierro; una bajo la influencia estadounidense y la otra bajo la dominación soviética. Símbolo de esta partición es la división de Alemania y el muro de Berlín.

Para el mundo, el fin de la preponderancia europea se tradujo en su división en dos áreas de influencia, soviética o estadounidense.

Esto es particularmente perceptible en Hispanoamérica. Hasta la primera guerra mundial la mayor parte del continente gravitaba hacia Europa, hacia las potencias mundiales de la época: Inglaterra, Alemania y Francia. Así lo muestran los lazos culturales, económicos, militares y demás. Todavía en 1915, los países del ABC—Argentina, Brasil y Chile—podían protestar contra la intervención de los Estados Unidos en México. De todos modos, poco podían hacer contra la cadena de intervenciones estadounidenses en el Caribe y América Central.

Después de la primera guerra mundial, Estados Unidos comenzó a substituir rápidamente a Europa como principal inversionista, exportador de maquinarias, contraparte comercial y, en general, en todos los órdenes, menos, naturalmente, el de la cultura.

En este campo precisamente se percibe con mayor nitidez la significación del desaparecido imperio Austro-Húngaro. Lo mismo en Europa que en los Estados Unidos y en Hispanoamérica se vive hasta hoy bajo el imperativo, tan fuerte en la Viena de fin de siglo, de "recrear el propio universo" según la expresión de Kokoschka³³ y lo

³³Kokoschka, Oskar, *Schriften 1905-1955*, Munich 1956, p. 403. Cfr. Schorske, Carl E., *Fin de siècle Vienna. Politics and culture*, Londres, 1980, p. xxix.

que es más significativo, los esfuerzos se orientan, a menudo sin saberlo, fundamentalmente, en las mismas dos directrices marcadas entonces en Viena por un Freud o un Wittgenstein³⁴ es decir, la psicología y el lenguaje. A la vista de esto no tiene nada de asombroso que también el arte actual, desde la arquitectura hasta el diseño, siga en gran medida las líneas de la *Sezession* austríaca³⁵.

Esta es la otra cara del fin de un imperio. Si, por una parte, su hundimiento produce un vacío geopolítico, por otra, deja tras de sí un rastro cultural, del que se aprovechan las generaciones siguientes y que constituye un testimonio irrefutable de su grandeza.

Así pues, en gran parte gracias a esa herencia, Hispanoamérica sigue siendo europea, después de la primera guerra mundial.

Durante el segundo conflicto bélico mundial, Hispanoamérica no pudo permanecer neutral, a excepción de Argentina. Los Estados Unidos exigieron a esos países alinearse con ellos en el conflicto. Algunos como Brasil llegaron a enviar soldados, otros, como Chile, congelaron el precio del cobre. Pero el hecho tal vez más significativo fue la cesión por Estados Unidos, al término de la guerra, de dos cruceros a cada uno de los tres subscriptores del antiguo ABC y de tres destructores a Perú. El país del Norte se conducía, pues, como árbitro del poderío de los tres estados más fuertes de Sudamérica³⁶.

En verdad, desaparecido el imperio Austro-Húngaro, ni Europa ni el mundo volvieron a ser los mismos. Con él terminó irremesiblemente una época.

³⁴Sobre ambos hay una inmensa bibliografía. Ver Schorske, nota 23. Johnston, William, *The Austrian Mind. An intellectual and social history 1848-1938*, Berkeley, 1972, trad. alemana, Colonia-Viena-Graz, 1974. Leopold Lowenthal, Harald, *El trasfondo histórico y cultural del psicoanálisis* y Flores, Luis, *Ludwig Wittgenstein o la filosofía como terapia de la mosca*, ambos en *Revista Universitaria* 13, Santiago, 1984.

³⁵Rieder, Werner, *Geburt der Moderne Wiener Kunst um 1900*, Graz, 1964. Montecinos, Hernán, *Clasicismo + modernismo. Arquitectura austríaca 1850-1930*. Díaz-Casanueva, Humberto, *Viena rediviva*, ambos en *Revista Universitaria* 13, Santiago, 1989.

³⁶*Chile robustece su poder naval*, en *Revista de Marina* 56, Valparaíso 1951, pp. 167-68.

